

Oswaldo Montilla Perdomo, O.P., *La oposición de Monseñor Mariano Martí, Obispo de Caracas, a las Fundaciones de un Hospicio en San Felipe (Yaracuy) y otro en San Carlos de Austria (Cojedes) por los Dominicos en el Siglo XVIII*, Caracas: Instituto de Teología para Religiosos (ITER), 2024, 209 páginas, precio: 7 ref.

Oswaldo Montilla es presbítero y fraile dominico, doctor en Historia por la Universidad Central de Venezuela (UCV), docente de varias universidades y conferenciante del que el lector puede conocer abundantes datos académicos si lee el Prólogo que a su obra dedica el Dr. Alberto Navas Blanco, quien fuera *in illo tempore* profesor del autor y director por años del Archivo Histórico de la UCV. Actualmente, las obras de investigación histórica, si tienen un título corto, suelen llevar un subtítulo largo que delimita *ab initio* el tiempo y tema del que se ocupan. No sucedía lo mismo siglos atrás y tampoco sucede con las doscientas nueve páginas que el autor se ha largado en la *Oposición...* A la mejor usanza de los siglos que abarca su investigación, eminentemente archivística, Montilla titula largo y preciso el asunto y tiempo que lo entretienen. Además, es el primer título que publica el Centro de Investigación Teológica (CIT), departamento del Instituto de Teología para Religiosos (ITER), del que el autor, siendo aún docente, fue rector durante varios años.

La obra, además de un prólogo, consta de una introducción, cuatro partes, unas consideraciones finales en las que el autor da su opinión sobre el tema de investigación y más escuetamente sobre el obispo que lo trae de cabeza (en el mejor sentido de la expresión) y cinco breves apéndices a los que sigue la bibliografía.

La obra se hunde, como va dicho, en archivos, principalmente en varias secciones del Archivo Histórico Arquidiocesano de Caracas:

Reseña: La oposición de Monseñor Mariano Martí...

todo funcionario del Reino de España, fuera quien fuera e hiciera lo que hiciese durante los tiempos coloniales, era escribano o jefe de escribanos a su servicio, pues no daba paso ni podía darlo sin que se enterara quien debía enterarse: el Rey. A Dios no hacía falta pasarle copia porque Dios todo lo sabe y todo lo ve. Y el obispo Martí, a juzgar por el papeleo que Montilla ha tenido que leer, escrito en letras que hoy sabrán leer tres o cuatro como él, no era la excepción: el señor obispo no se andaba con rodeos a la hora de tener que decir o escribir *y mando que* si tenía delante a un párroco, a unos frailes, o a unos feligreses y la ocasión lo demandaba. Los rodeos los dejaba para quien tenía que dejarlos: el Rey otra vez. Pues bien, Montilla, y esta es su faena más destacada, ha traducido palabra por palabra y línea por línea cuanto de historias pasadas encontramos en su escrito. Ha tenido la paciencia de un rastreador que da con un documento que lo lleva a otro, y éste a otro y así siguiendo hasta, naturalmente, tener que volver al primero para que salga a la luz cuanto puede salir del asunto a tenor de los papeles encontrados. Hasta da noticia de papeles que existieron, pero que nadie ha encontrado. A esa paciencia ha tenido que añadir otra que no oculta, si bien va puesta en tonos moderados: la paciencia con un obispo exigente por demás. Aunque este obispo, reconoce Montilla, comenzaba por exigirse a sí mismo.

Los hospicios de los que se habla en la obra eran inicialmente unas construcciones sencillas, dispuestas con lo imprescindible para albergar durante corto tiempo a los frailes y sus acompañantes y que, dadas las distancias entre poblaciones muy alejadas unas de otras y los medios de transporte de aquellos tiempos, aliviaban en algo el constante trajinar de los viajeros evangelizadores. Con el paso del tiempo, algunos de esos hospicios fueron fundaciones conventuales en toda regla. Y justo este par de circunstancias explican el motivo de esta obra y la tarea del investigador que es Montilla. El obispo Martí recelaba de los frailes, pues bajo capa de hospicio pasajero, se traían entre sí que las primeras cuatro paredes con un techo bien podrían convertirse en excusa razonable para una fábrica más voluminosa, sobre todo si el paraje en que instalaban tan caritativa casita de acogida rondaba las cercanías de una población bien asentada o en franco crecimiento: en tales lugares la gente tiene

hijos, los bautiza, se casa, encarga misas, hace testamento, levanta imágenes o capillas, en fin, da trabajo al funcionariado eclesiástico y paga estipendios. Como las órdenes religiosas contaban con más miembros en sus filas que un obispo con presbíteros en las suyas, éste se veía obligado a solicitar la ayuda espiritual y material de quienes no eran del todo súbditos suyos, ya que los gobernaban superiores que los enviaban de un sitio para otro sin rendir cuentas al ordinario del lugar. Ese es el origen de la oposición entre el obispo Martí y los frailes mendicantes, del que Montilla da cuenta en este libro a punta de documentos y más documentos que ha debido ubicar, ordenar, traducir y finalmente publicar para solaz y saber de los lectores del presente.

Montilla apenas interfiere en el relato que los documentos construyen, se limita disciplinadamente a dar la noticia mínima que un suceso o asunto requieren para dar a conocer su desenvolvimiento o solución.

En suma, amén de su interesante contenido, precedente histórico de prácticas y creencias religiosas aún vigentes, esta obra figura como la primera que publica el CIT, departamento del ITER destinado a divulgar los resultados de estudios e investigaciones del fenómeno religioso: la obra histórica de Montilla constituye un valioso insumo para alimentar otro tipo de saberes, en particular los del orden social y el de las creencias y prácticas cristianas de una época, la colonial, que ha dejado un rastro imborrable, digan lo que digan quienes preferirían barrerlo del mapa del pasado y que, por no poder hacerlo, se ven dando patadas contra el agujijón despotricando por cuanto medio está a su alcance.

Jesús Hernández Mayoral